

Nicolas Mihovilovic se confiesa

Estoy aquí porque soy escritor. Y, ¿por qué soy escritor?

Es un título que no se adquiere en ninguna universidad, que yo sepa. Salvo esa muy manida, traída y llevada "universidad de la vida", en la cual aprenden los zapateros remendones y los literatos. Pero para saber por qué soy escritor, para entenderlo, es preciso saber quién soy.

A nadie que me conozca de niño -son cada vez menos los sobrevivientes- le extrañará si aseguro que comencé a escribir sobre un mostrador. Sí. Mi padre era bolichero. Un austriaco grande, rubicundo, de enérgicos mostachos y pisada firme. Ciento veinte kilos con el sombrero puesto. Hasta sus amigos más íntimos lo llamaban "don Domingo". Mientras envolvía las exiguas compras de sus clientes solía silbar algún airecillo intencionado. De los piperos con que obsesaba la coquetaría de las muchachas no sé decir dónde comenzaba el ingenio y terminaba la picardía. Aparte de ser un espléndido fumador de toscanos, era un lector impenitente. Su biblioteca privada estaba bajo el mostrador: libros de aventuras en su gran mayoría; de esos que como "Los Tres Mosqueteros", están escritos para que el lector advina todo lo que quiera o su imaginación le permita. Por ahí empezaron mis lecturas extra estudiantiles. Con gran consternación de mi madre que suponía, sin sin fundamento, que yo estaba descuidando mis estudios. Ella, siempre afanada en los quehaceres del interior de la casa, venía poco al negocio. Las funciones estaban perfectamente repartidas; cada uno a lo suyo y, naturalmente, la mujer en la cocina. Pero no vaya a pensarse que doña Catalina lo pasaba mal. ¿Qué va! Su voz entonces durante todo el día viejas canciones de su tierra y era de ver los coros que se formaban cuando caían dos o tres pañanos a esa hora sacrosanta que en Punta Arenas se llama del café, que es del té en otras partes del mundo y de las once en el "norte", que es para el magallánico exactamente todo el resto de este largo país que apoya la cabeza ardiente en el morro de Atica y se confía los pies en la Antártida.

Por ser yo el mayor de tres hermanos, sobre mi testa rubia, y casi pelada al rape, caían las responsabilidades de los hechos propios, como los fraternales estropicios de los dos menores. Más de alguna reprimenda mal aplicada al incipiente intelectual, que, metido en los libros, no veía lo que pasaba a su alrededor, hacía sonreír compasivamente a los causantes del desagraviado.

Los primeros intentos literarios fueron unas cartas comerciales garrapatadas por mi padre y que él me exigió verter a buen castellano y con letra caligráfica. Fueron las cartas más transpiradas que escribí en mi vida. Opté por abandonar el

género epistolar. Quien tenga alguna carta mía manuscrita que la guarde, porque algún día va a ser pieza de museo.

En esta parte de esta confesión cabría perfectamente que comenzara a "tirarme algunos carriles" para darle color, como quien dice. A la gente le encanta creer las mentiras. Pero voy a preferir la escueta verdad aunque me salga desabrido el relato. De niño no me pasó nada sensacional aparte de que crecía con más rapidez que lo calculado, lo que obligó a que me pusieran pantalones largos a los estereos años, para disimular mis largas y flacas canillas. Lo que pasó después lo ignoro; supongo que sería pura que no me quedarán ciertos los pantalones que no crecí más. A los quince me compré una máquina de afeitar con cinco hojas de repuesto, jabón, hisopo y, en fin, todo lo necesario. Al respecto, hasta ahora no sé por qué en mi casa hubo cierto regocijo. La máquina estuvo guardada como dos años, hasta que una mañana descubrí ahora el regocijo fue mío - que bajo la nariz tenía unos cuantos pelillos que brillaban según como puse el espejo. Con detenimiento, arma en ristre, ataqué a las desprevenidas vellosidades. No satisfecho con la primera pasada que sonaba como rastro, hice no ya una espuma, sino una pasta de jabón y arremetí por segunda vez... Bueno. Llegué al liceo con once pedacitos de papel de cigarrillo pegados sobre otras tantas tajas en la cara. El regocijo, naturalmente, fue de todo el curso.

Empezaba mi azarosa vida juvenil. Lo primero que hice, literariamente hablando, fue un soneto dedicado a una niña un poco turbia, pero bastante cariñosa. El soneto, construido -sí, mis estimados amigos, "construido"- con todas las reglas del caso, era la confección perfecta: ritmo y rima consonante, sin una falla; no le sobraba ni le faltaba una sílaba; había evitado cuidadosamente los hiatos y sinalefas; en fin, como obra de ingeniería estaba bien. Como poesía, ¡detestable! Me sirvió para descubrir que la dueña de mis amores, se ponía más turbia cuando no podía aguantar la risa. El romance terminó en el verso número doce. Dos quedaron inéditos y fueron a dar a la alcantarilla antes de alcanzar a ser profetizados.

Me convencí que la poesía clásica no era mi fuerte. Decidí entonces hacerme "librometrista", que son algo así como los librepensadores del verso. Creí que lo primero que debía hacer era no volver a afeitarme en mi vida. Mi idea era andar un poco siniestro, a lo Rasputín. Esta convicción definitiva me duró hasta el sábado siguiente, cuando unas compañeras de curso -nuestro liceo era coeducacional- organizaron un malón. El malón fue bastante "buenón". Alguien había traído unas botellas de pisco y las tomamos disimula-



das con cerveza. Nuestras compañeras nos invitaron cordialmente. ¿a que nos fuéramos! Con la helada que hacía esa noche de invierno se podía haber escrito un tango, ese que habla del "frío bulvar". Sólo en la vía, hicimos una "vaca" y nos fuimos a un cabaret. Aleanzó justo para una copa por cabeza. Después nos echaron ¡por ser menores de edad!

Para mal de mis pecados, en el liceo existía una minúscula imprenta, en que un viejo maestro daba clases de tipografía y en la cual se imprimía la revista "Germinal", editada por el alumnado y dirigida por un estudiante del último curso. Allí fueron directores -perdonésemme si equivocó el orden cronológico- Roque Esteban Scarpa, José Grimaldi, José Gómez, y otros que no recuerdo. En 1933, que coincidió con el traslado del viejo liceo, desalojado de un inmueble ya ruinoso, a un local facilitado por la Soc. de Instrucción Popular, me correspondió dirigir unos cuantos números, que se publicaron ese año. Después, lo de siempre; la revista languideció; se editó una que otra vez en años sucesivos y, de pronto, se extinguió. ¿Falta de espíritu? ¿Inquietudes nuevas en la juventud? ¿Otros rumbos? Tengo respuestas a todas esas preguntas, pero prefiero callarlas. Diganos, respetadamente, que los tiempos cambian.

En la revista "Germinal" algunas veces me faltó material para dos o tres páginas. Entonces inventé escribir, cambiando el estilo y pedirle a algún compañero que me facilitara su nombre para firmar alguna colaboración. Era un fraude literario al revés.

Un buen día nos despedimos del liceo unos treinta muchachos. La verdad es que también nos despedimos de nosotros mismos. La vida nos dispersó.

Eso no lo noté al comienzo. Pero empecé a entrar en una vida que no era esa cosa compartida de todos los instantes que nos habían dado los largos doce años de colegio. Ahora para mí el ambiente fue otro. Descubrí casi en seguida que me costaba mucho entrar en confianza, crear nuevas amistades. Tuve durante largos años excelentes compañeros de trabajo; en todas mis varias actividades; pero, mis amistades sólidas venían todas de la niñez.

Nicolás Mihovilovic se confiesa. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicolás Mihovilovic se confiesa. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa